

TENSIONES INMINENTES EN LOS MERCADOS MATRIMONIALES

Anna Cabré i Pla

73

Aquest treball va ésser realitzat per a publicar-ho al llibre "El món cap on anem" (Versió castellana a Alianza Editorial i versió catalana a Eumo Editorial).

Centre d'Estudis Demogràfics

1993

INDEX

1. Es razonable hablar de mercado matrimonial	3
2. El mercado matrimonial está segmentado	6
3. Habrá tensiones	8
4. El estallido de las tensiones es inminente	12
5. En Cataluña, las tensiones serán mayores	15
6. Algunas reflexiones a modo de conclusión	18
7. Bibliografía	23

ANEXOS

Gráfico 1.- Edad media al matrimonio. Cataluña 1930-1985

Gráfico 2.- Diferencias entre las edades medias al matrimonio.
Cataluña años 1930-1985 y generaciones 1902-1957

Tabla 1.- Nacimientos en Cataluña por sexo, 1930-1990

Tabla 2.- Proporción de solteros. Cataluña 1986

Gráfico 3.- Proporción de solteros. Cataluña 1986. Generaciones 1901 a
1941

Tabla 3.- Matrimonios en Cataluña, 1930-1990
(a partir de 1975 por lugar de residencia)

Gráfico 4.- Nacimientos y matrimonios en Cataluña. 1930-1990

Gráfico 5.- Población nacida en Cataluña, hombres 1930-1987 y
mujeres 1933-1990

Gráfico 6.- Nacimientos masculinos sobre nacimientos femeninos tres años
menores. Cataluña 1930-1990

TENSIONES INMINENTES EN LOS MERCADOS MATRIMONIALES

El mundo hacia el que vamos me parece algo así como el camino de Machado: no hay tal mundo, se hace mundo yendo hacia él. Lo enorme de la palabra, sin embargo, ni más ni menos que un mundo, hace que nuestro papel individual e incluso grupal en su construcción aparezca como algo enano, infinitésimo, mucho más difícil de concebir que nuestra colaboración más o menos voluntaria en el trazado de senderos, reales o imaginarios.

Al tratar de entender "el mundo" y su próxima evolución solemos priorizar factores pertenecientes ya sea a lo global (climatología, ecología, recursos) ya sea a lo inmaterial (ciencia y tecnología, ordenamientos, valores). En ambos casos, el papel del individuo aparece como muy secundario. No ocurre así cuando se aborda el porvenir desde un enfoque demográfico. La Demografía, que se sitúa en la encrucijada entre lo biológico y lo social, estudia las poblaciones humanas y trata de prever su futuro a partir de una combinatoria de comportamientos y trayectorias de

base individual, poniendo en relieve, a veces en exceso, el papel e incluso la responsabilidad de *todos y cada uno de los habitantes* como agentes primordiales de la dinámica poblacional. Sólo esta implicación generalizada en unos fenómenos demográficos que, todo hay que decirlo, discurren por los raíles existenciales básicos de la sexualidad y de la supervivencia puede explicar, a mi parecer, la relativa popularidad de una disciplina que por lo demás bien pudiera considerarse árida en sus métodos y limitada en sus objetivos.

En mi planteamiento persigo una doble finalidad: en primer lugar, atraer la atención hacia una serie de cambios referentes a la nupcialidad que hasta el momento no han sido apenas tomados en consideración en los ejercicios de prospectiva demográfica y social y que sin embargo se caracterizan por un grado de previsibilidad elevado; en segunda instancia, pretendo mostrar asimismo cómo la persecución por parte de los individuos de objetivos elementales en la construcción de sus biografías, como lo son aparejarse y formar familias, puede actuar, en determinadas circunstancias, como motor de transformaciones cuyo alcance va mucho más allá del terreno propiamente demográfico en que se originan.

Empezaré ante todo reafirmando en el contenido del título de mi contribución, el cual podría desglosarse en cuatro puntos, a saber: a) que puede hablarse de *mercado matrimonial* ; b) que es plural, es decir, que se trata de *mercados* ; c) que en ellos habrá tensiones; d) que estas tensiones son inminentes. Argumentaré a continuación, a partir del análisis concreto de datos estadísticos, que en Cataluña, aunque con una panorámica muy parecida a la situación general de España, las tensiones serán probablemente más agudas. Finalmente, y a modo de conclusión, exploraré algunas de las posibles e incluso probables implicaciones y consecuencias de lo anunciado.

Es razonable hablar de mercado matrimonial

Por experiencia, puedo afirmar que el uso del concepto mercado matrimonial suele provocar cuanto menos perplejidad, cuando no escandalizado e incluso airado rechazo. Parece como si, en nuestro imaginario colectivo, un fenómeno tan generalizado como el matrimonio, que impone su carácter casi universal pese a las limitaciones y restricciones que dictan la cultura, la ley y la pirámide de edades, dependiera exclusivamente de reacciones químicas surgidas al hilo de encuentros aleatorios ordenados por el azar o la predestinación. Poco importa que los datos estadísticos y la simple observación empírica demuestren que la gran mayoría de las parejas legalmente constituídas corresponden a modelos sociales predominantes, reuniendo a un hombre y a una mujer que, por sus características de edad, nivel de instrucción, extracción social, características socioeconómicas y otras variables, constituyen opciones recíprocas que podrían considerarse, desde una óptica racional, próximas al óptimo. Pocos son los casos desviantes y la sabiduría popular los detecta de inmediato como tales, emitiendo los correspondientes augurios negativos respecto a su futuro. La literatura especializada y la simple observación nos dicen también que un ajuste tan preciso de los intereses de uno y otro miembro de la pareja no se suele conseguir de buenas a primeras, sino que es el resultado de un proceso de experimentación por aproximaciones sucesivas en un medio adecuado, es decir, aquel que puede reunir simultáneamente al mayor número de candidatos o candidatas de características apropiadas. Evocar dicho medio es referirse a algo así como a un mercado, donde se observan las disponibilidades y las condiciones, se computan las informaciones, se toman las opciones y se acuerdan las transacciones. Poco importa que dicho mercado tenga una realidad física especializada (bailes, guateques y discotecas, algunos lugares de veraneo familiar), que parasite ámbitos destinados a otros usos (escuelas y universidades, lugares de trabajo), que se exprese a través de intermediarios profesionales (agencias, anuncios en la prensa) o aficionados (notarios, confesores, gurús, colegas, amigos y

parientes) o que se manifieste de formas más sutiles en ámbitos difusos pero igualmente definidos por marcadores demográficos y sociales (en viajes y actividades diversas, encuentros "casuales" entre desconocidos).

El mercado matrimonial existe, y podríamos definirlo como el lugar físico y simbólico donde se encuentran la oferta y la demanda de pareja socialmente legitimada, concepto, éste último, que tiene distintas connotaciones en el tiempo, en el espacio y en la amplia gama de grupos sociales. Los equilibrios que dan lugar a transacciones, lo que podríamos llamar "precio", no se fija por supuesto en dinero (cosa que constituye el principal argumento de los interlocutores reacios al término mercado), pero sí puede ser estudiado y descrito en términos de aportaciones personales respectivas a diferentes niveles: bienes, estatus personal y social, expectativas de futuro, compromisos, actitudes y disposiciones.

Otro argumento de mis contradictores antimercaado se basa en que tanto hombres como mujeres serían a la vez oferta y demanda, lo que constituiría, cuanto menos, un mercado bastante particular. Aunque es este un punto que merece mayor consideración y estudio, creo poder desengañarlos afirmando, muy esquemáticamente, que pese a los progresos en la emancipación femenina y a todos los cambios de rol habidos y posiblemente por haber, el comportamiento de ambos sexos sugiere que, en términos exclusivamente matrimoniales, las mujeres se han comportado y se comportan como oferta y los hombres lo hacen como demanda. Buena prueba de ello es la incidencia selectiva opuesta que la exclusión del mercado tiene en ambos sexos; así, mientras que la soltería definitiva y la vida sin pareja afectan casi universalmente a los hombres en situación socioeconómica más desfavorecida (por insolvencia), en el caso de las mujeres dicho fenómeno se suele dar en las categorías de más alto nivel (por precio prohibitivo).

Aprovecho pues la ocasión para sugerir que, en aras del conocimiento sobre el comportamiento humano, base de cualquier previsión sobre su

evolución futura, se levante el bienintencionado "tabú" que neorománticos, ultrafeministas, fans del libre albedrío y público en general mantienen sobre el fértil concepto de mercado matrimonial. Cuando la utilidad de la línea de pensamiento denominada family economics ha sido ya reconocida y galardonada con la concesión del Nobel de Economía a su más ilustre representante, el profesor Gary Becker, convendría desenclavar el tema del muy acotado campo de la teoría económica, donde actualmente se encuentra, para aclimatarlo a los terrenos más amplios y habitables de la sociología, la antropología y la demografía.

El mercado matrimonial está segmentado

En teoría, en una sociedad como la nuestra, existe un mercado matrimonial único. Desde el punto de vista legal, y con el único requisito de que haya voluntad recíproca, todos pueden casarse con todas y viceversa (excepto por parentesco de primer grado) si se tiene la paciencia suficiente para esperar a que los menores alcancen la edad mínima legal y a que los ya casados obtengan el divorcio de sus actuales conyuges. Así pues, y en teoría, el mercado matrimonial admite actualmente a todos quienes estén en disposición de expresar una voluntad al respecto y traducirla en actos en un plazo razonable, es decir, al conjunto de la población no infantil. En la práctica, la cosa no es tan simple. La propensión a actuar en dicho mercado es radicalmente distinta según concurren diversas características individuales, entre las que cabe citar como de mayor importancia las de edad y estado matrimonial actual, aunque otras, más específicas, puedan ser también muy explicativas. Por todo ello, se puede considerar que, en un momento dado, el mercado matrimonial mueve solamente a una parte relativamente minoritaria de los agentes potenciales, mientras que la mayor parte de ellos se mantiene de hecho "fuera de mercado". Quienes sí están en el mercado se reclutan principalmente entre adultos solteros de ambos sexos, mayoritariamente jóvenes, que consideran la conveniencia de contraer un primer matrimonio, por una parte; y, por otra, entre los adultos de todas edades, desvinculados de sus anteriores conyuges por defunción o divorcio o que consideran la posibilidad de una próxima desvinculación, quienes ponderan la conveniencia de una segunda o ulterior unión. Estos dos grandes grupos, que tienen características y comportamientos notablemente distintos, podrían denominarse, por facilidad, mercado primario y secundario, aunque a veces me he referido a ellos, coloquialmente y por analogía, como mercados de primera y segunda mano.

La segmentación del mercado va sin embargo más allá de lo que explica la edad y el estado matrimonial actual, siguiendo líneas de fractura más o menos profundas a lo largo de las divisorias geográficas y sociales

que existen en el seno de cada sociedad. En numerosas ocasiones, esta segmentación social es mucho más radical e insalvable que la demográfica, en particular en los casos de sociedades de casta o segregadas por razones de etnia o religión. No así en nuestro país, que se caracteriza por una gran homogeneidad étnica y de adscripción religiosa, así como por una progresiva disminución de las distancias reales, tanto en lo territorial como en lo social y cultural. Por esta razón, y también por deformación profesional (puesto que un demógrafo o demógrafa podría bien definirse como alguien que piensa ante todo en términos de sexo, edad y estado matrimonial), no entraré en el detalle de lo que he llamado *segmentación social* y que constituye, por supuesto, un tema apasionante. Conviene, no obstante, guardarlo en mente, puesto que las alteraciones en dicha segmentación pueden ser uno de los efectos más directos de las tensiones que se avecinan y que afectarán a todos los segmentos del mercado matrimonial, que bien pudiéramos llamar *mercados matrimoniales*.

Habrá tensiones

Lo rotundo de la anterior afirmaci3n se fundamenta en su carácter altamente previsible, en particular en lo que se refiere al mercado matrimonial primario. En efecto, lo que podríamos llamar evoluci3n de la coyuntura es mucho más predecible en el mercado matrimonial que, por ejemplo, en el mercado laboral, término que, en cambio, goza de mucha mayor aceptaci3n. En el mercado matrimonial, los efectivos en presencia tienen una flexibilidad muchísimo menor que en el mercado de trabajo. En primer lugar porque, en vez de empleos por un lado y trabajadores por otro, que pueden ajustarse por los mecanismos de creaci3n y destrucci3n de empleo y por variaciones importantes en la propensi3n a trabajar, tratamos con efectivos humanos por ambos lados, es decir, hombres y mujeres preexistentes, perdurables y altamente determinados por la biología y la cultura a cerrar una transacci3n por lo menos una vez en la vida. En segundo lugar, porque los conceptos relativos a la nupcialidad son bastante más simples y rígidos que los referentes a la actividad econ3mica: legalmente, y por supuesto estadísticamente, no existe matrimonio a tiempo parcial, plurimatrimonio o desempleo matrimonial (que sería análogo al caso del activo sin ocupaci3n, por declaraci3n de intenciones).

Por todo ello, el ajuste de la oferta y la demanda en el mercado matrimonial primario sería muy difícil, en régimen de monogamia, si la Naturaleza no hubiera dotado a la especie humana de unos efectivos de ambos sexos normalmente bastante equilibrados, en particular en las edades de nupcialidad. En efecto, aunque en las poblaciones con suficiente tamaño estadístico nacen entre 103 y 108 niños por cada 100 niñas, la mortalidad de los varones suele ser superior a la de las mujeres en casi todas las edades, por lo que las mujeres son mayoritarias en los grupos de

edad avanzada; en ausencia de sobremortalidades o de sobremigraciones extraordinarias, la igualación de los efectivos de ambos sexos se produce pues a edades que oscilan, en las poblaciones actuales, entre los 5 y los 40 años, lo cual parecería constituir un alegato biológico en favor de la monogamia.

En efecto, si la biología permitiera y justificara un equilibrio estable entre la oferta y la demanda, los *precios* permanecerían más o menos constantes y el ritmo de las transacciones sería relativamente uniforme. Ante una tal regularidad, la gestión del mercado, el ajuste de las ofertas y demandas específicas, podría hacerse según mecanismos bien tipificados que alcanzarían incluso rango de tradición.

En la práctica las cosas se complican. Distintos factores, que revisaremos a continuación, vienen a perturbar el equilibrio teórico, generando déficits en uno de los sexos o, lo que es lo mismo, excedentes en el sexo opuesto. En tal caso, el *precio* varía y aparece la tensión.

Ocurre, en primer lugar, que el equilibrio de efectivos de ambos sexos puede verse gravemente afectado por sobremortalidades específicas (caso de las pérdidas militares durante las guerras) o por migraciones diferenciales importantes según el sexo (en nuestro país, sobreemigración de mujeres en el sentido rural-urbano, sobremigración de hombres en las migraciones internacionales). Ello puede contribuir a crear disparidades que se evidencian en las pirámides de edades correspondientes a determinados momentos o lugares. La influencia de dichos desequilibrios en los mercados matrimoniales ha sido citada repetidamente e incluso estudiada minuciosamente en algunos casos, como el trabajo ya clásico del maestro Louis Henry sobre las alteraciones en la nupcialidad de las generaciones francesas originadas en las enormes pérdidas militares que causó la primera guerra mundial.

No acaban ahí las complicaciones. El mercado secundario, al que concurren las personas no solteras, no está legal ni socialmente aislado del mercado primario. Una boda puede, por ejemplo, unir viudo con soltera, soltero con divorciada. En el pasado, las epidemias y otras mortandades tenían por efecto relanzar la nupcialidad una vez concluídas, dado el número importante de viudos y viudas que rehacían sus vidas. Hoy en día, y en las edades inferiores a los 50 años, es el divorcio el principal mecanismo de alimentación del mercado secundario. Sería un interesante ejercicio para demógrafos discutir cuál de los dos fenómenos (viudez o divorcio) resulta demográficamente más desequilibrante, bajo diferentes supuestos de niveles de mortalidad, de divorcio y de propensiones diferenciales según el sexo y la edad a volver a casarse y a hacerlo o no con personas solteras. No hay aquí lugar para todo ello, aunque sí se puede apuntar, puesto que volverá a aparecer más adelante, que esta imbricación entre los mercados primarios y secundarios, y en general la imbricación de los distintos segmentos del mercado entre sí, es la que nos permite hablar de tensiones en los mercados, *en todos los mercados*, puesto que un cambio importante en cualquiera de ellos repercute de alguna forma en el resto.

Las tensiones que hoy anuncio no se fundamentan, sin embargo, en los efectos de guerra alguna, ni en las repercusiones de la inmigración extranjera -hoy por hoy estadísticamente insignificante en nuestro país- ni en los efectos del creciente número de divorcios, ni siquiera en el lento pero progresivo aumento de la proporción de nacimientos masculinos, tema por otra parte del mayor interés. Las tensiones a las que me refiero serán consecuencia de un factor que de manera sistemática ha venido alterando, en un sentido u en otro, el funcionamiento de los mercados matrimoniales y que sin embargo ha merecido bien poca atención, en el pasado como en el presente, a saber: la desproporción de los efectivos masculinos y femeninos generada por la diferencia de edad entre esposos cuando éstos nacieron en un período de rápida variación de la natalidad. Dicha desproporción crece en función directa al ritmo de variación de la natalidad y a la importancia de la diferencia de edades entre esposos existente al inicio de la variación. Es evidente que si los esposos fueran siempre de la misma edad, es decir, si las personas se casaran en el seno de su misma generación, las variaciones

en los efectivos iniciales de las generaciones no causarían ninguna perturbación.

Pues bien, en España, donde la diferencia de edad entre esposos, situada un poco por debajo de los tres años, es superior a la de la mayoría de países europeos, aunque inferior a la de Grecia, Portugal e Irlanda, el hundimiento de los niveles de fecundidad acaecido a partir de 1976 provocó la variación más drástica en el número de nacimientos registrada en el país en todo lo que llevamos de historia estadística moderna, es decir, en más de un siglo, superando incluso el desnivel excepcional existente entre el máximo de 1932 y el mínimo de 1939. Dicha variación augura importantísimas repercusiones en el mercado matrimonial de los próximos años debido a varias razones, como son la magnitud de la caída, la rapidez del cambio, la longitud del bache y el hecho de que aún no apunte ningún signo de recuperación. También, y por razones que expondré a continuación, es particularmente importante que se trate de un descenso del número de nacimientos y no de un aumento, puesto que, como se verá, en tal caso los efectos son mayores y muchísimo más rápidos. Por todo ello, se puede prever que no sólo habrá tensiones cuando las generaciones nacidas a partir de 1976 lleguen al mercado matrimonial, sino que sus efectos se manifestarán muy pronto.

El estallido de las tensiones es inminente

Por supuesto que el adjetivo *inminente* no tiene el mismo significado en términos demográficos que en términos meteorológicos o bursátiles. Para mí, que me dedico a observar fenómenos de tanta inercia como son las variables demográficas, *inminente* significa *a no más de cinco años vista*, es decir, algo que empezará a manifestarse antes del final de esta década, o de este siglo, o de este milenio, como se quiera. Algo que, de todas formas, seguirá teniendo manifestaciones distintas pero bien patentes durante los quince a veinte años siguientes.

El desencadenante de las tensiones será, evidentemente, la llegada a edad plenamente matrimonial, en el último quinquenio del siglo y en adelante, de las generaciones rápidamente decrecientes nacidas a partir de 1976. Así, y por dar algunos ejemplos, los varones nacidos en España en 1978, superaron a las mujeres nacidas en 1981 en un 29%, mientras que los chicos de 1980 seguían superando a las chicas de 1983 en un 27%. En Cataluña, y como puede observarse más adelante en la Tabla 1, los desequilibrios son más extremos todavía, situándose los excedentes masculinos por encima del 35% para todos los nacidos entre 1976 y 1980, ambos inclusive, con un máximo de 54,6% para la generación masculina de 1978.

No es la primera vez que expongo estas tesis, que han sido ya recogidas en un trabajo gráficamente titulado "Volverán tórtolos y cigüeñas", al que sólo parcialmente me remito. En él, se exponen con mayor detalle, los posibles mecanismos de ajuste del mercado matrimonial en caso

de desequilibrio de efectivos entre sexos, mecanismos que se sintetizan como sigue:

- Reducción de la edad al matrimonio para el sexo deficitario y/o aumento de la misma para el sexo excedentario, con la consiguiente variación de la diferencia de edad entre consortes.

- Disminución de la incidencia de la soltería definitiva en el sexo deficitario y/o aumento de la misma en el sexo excedentario.

- Aumento de la propensión a las segundas y ulteriores nupcias para el sexo deficitario y/o disminución de dicha propensión para el sexo excedentario.

- Sobreinmigración del sexo deficitario y/o sobreemigración del sexo excedentario.

"Observése, sin embargo, la asimetría de la situación según se trate de un excedente femenino o masculino. Si el excedente es femenino, el ajuste por el cambio de edades al matrimonio, que suele ser el primero al que se recurre, produce una disminución de la diferencia de edades, lo que va en el sentido de eliminar el problema, que es precisamente el hecho de que maridos y mujeres no pertenezcan a las mismas generaciones. Por el contrario, cuando el excedente es masculino, la diferencia de edades tiende a aumentar, lo cual, al exportar el problema a las generaciones de hombres siguientes, agrava su situación si éstas también fuesen deficitarias. Por tanto, un déficit de mujeres debería producir efectos acumulativos y traducirse en los indicadores con mucha mayor agudeza que en el caso opuesto". Y añadido ahora: y un déficit de mujeres debería también manifestar sus efectos con mucha mayor rapidez. La mayor competencia entre varones propiciará la anticipación de opciones que se da en todo proceso inflacionista y como tal puede considerarse, sin duda, el aumento de *precio* o *deaprecio* de que serán objeto las mujeres en base a su escasez relativa.

Pese a su título futurista, el trabajo antes citado se centra principalmente en el estudio de un episodio histórico relativamente reciente, el de las generaciones españolas nacidas en los años treinta, y que

ingresaron en un mercado matrimonial de características comparables al que acogerá próximamente, es un decir, a las generaciones de adolescentes actuales. La observación retrospectiva del comportamiento nupcial y demográfico de dichas generaciones, que ahora ya superan con creces la cincuentena, permite establecer interesantes comparaciones con sus predecesoras. El resultado de dichas comparaciones se resume en dos breves líneas: las mujeres se casaron mucho más, los hombres se casaron un poco menos, todos se casaron antes, los hombres emigraron más hacia el extranjero. También se argumenta la influencia de dichos cambios en la nupcialidad en el aumento de la natalidad durante los años sesenta y primeros setenta.

Por analogía, podría atreverme, sin incurrir en riesgos temerarios, a hacer predicciones parecidas para las jóvenes generaciones actuales, cambiando solamente el tiempo del verbo y el sentido de la última frase, puesto que en lugar de una sobreemigración masculina es más bien probable, en las circunstancias actuales, que se produzca una sobreinmigración femenina.

Lo que aquí enuncio y anuncio habrá de representar pues, en resumidas cuentas, la inversión de las tendencias que se han venido afirmando, en los últimos 15 años, en todos los fenómenos relacionados con la constitución familiar, a saber: disminución y retraso de la nupcialidad de las mujeres, disminución y retraso de la fecundidad, aumento de la cohabitación fuera de matrimonio, aumento de la divorcialidad. De hecho, estoy pronosticando, ni más ni menos, que el inminente fin del síndrome denominado "crisis de la familia".

En Cataluña, las tensiones serán mayores

Mostraré y comentaré a continuación algunas tablas estadísticas y gráficos ilustrativos del caso de Cataluña (véase anexo en páginas finales), datos que he comparado con los correspondientes a España ya presentados en el trabajo citado. La primera constatación es la muy notable similitud de la evolución demográfica catalana con respecto a la del conjunto de España, aunque sus variaciones son siempre más acentuadas y sus límites numéricos más extremos, hoy como en el pasado. Y ello por dos razones. En primer lugar, porque el comportamiento nupcial y reproductivo se ha manifestado más sensible a la coyuntura en Cataluña que en el conjunto español: los descensos en los indicadores de fecundidad y de nupcialidad fueron más importantes durante la crisis de los años 30 y a lo largo del reciente bache desde 1975 hasta el presente, mientras que el aumento de los mismos fue mucho más importante durante el período exuberante de 1960 a 1975. En segundo lugar, aunque no sea el de menor importancia, porque el factor migratorio ha jugado un enorme papel en la dinámica demográfica de Cataluña, en sentido generalmente inverso al que se manifestaba en menor medida en el conjunto de España en cada momento. Por ello, en Cataluña el crecimiento inmigratorio de la población se unió en los años sesenta a la euforia de constitución familiar en el sentido de incrementar doblemente el número de nacimientos; por el contrario, en los dos períodos de baja coyuntura demográfica, el estancamiento de la inmigración y la aparición de movimientos de retorno se unieron a la apatía nupcial y reproductiva en el sentido de disminuir el número de nacidos.

No puedo entrar aquí en el tema de si la mayor sensibilidad de la nupcialidad y la fecundidad catalana a la coyuntura se explica por los aspectos socioeconómicos de la misma o no es más que un efecto directo e indirecto de las migraciones, a través de sus efectos inmediatos y a través

de los efectos diferidos de su incidencia en un ciclo anterior. Es un tema que puede resultar apasionante para demógrafos pero que sin duda aburriría al lector. En cualquier caso, sí cabe reiterar el papel fundamental que ha tenido en cualquier tema demográfico y social en Cataluña un factor como la inmigración, que atrajo entre 1900 y 1980 una cifra aproximada de 3 millones de inmigrantes hacia una población que apenas rozaba los 2 millones al iniciarse el siglo.

Sea como sea, la mayor fluctuación de los indicadores demográficos en Cataluña queda ilustrada por todos y cada uno de los cuadros y gráficos que expongo. Así, para la relación de los nacimientos masculinos ocurridos desde 1930 a 1986 respecto de los correspondientes nacimientos ocurridos tres años después (Tabla 1, Gráfico 6), las cifras se sitúan entre máximos relativos de 2,35 en 1936 y de 1,55 en 1978, por una parte, y mínimos relativos de 0,63 en 1939, de 0,84 en 1942 y de 0,86 en 1961; en España, el margen de variación es mucho menor: máximos de 1,55 en 1936 y de 1,29 en 1978, mínimos de 0,85 en 1939, de 0,90 en 1941-1942 y de 0,94 en 1955. Por ello, no es de extrañar que los efectos del desequilibrio sean también más acusados: las variaciones en la edad media al matrimonio para las mujeres (Gráfico 1) desciende en más de cuatro años entre 1950 y 1980, mientras que en España la reducción no supera los dos años y medio. En consecuencia, la diferencia de edad entre esposos (Gráfico 2), que en España se mantiene entre 2,6 y 3,2 años en término medio, en Cataluña oscila entre 2,1 y 4,1 años. En lo referente a la proporción de solteros a los cincuenta años (Tabla 2 y Gráfico 3), en España y para las mujeres varía entre 8,05% para la generación 1938 y 14,27% en la generación 1905, mientras que en Cataluña varía entre 6,3 % en la generación 1938 y 12,27% en la 1909, lo que representa una variación relativa también superior; para los hombres, los márgenes de variación son similares en ambos conjuntos.

Donde ya la diferencia es abismal es en la variación relativa de la cifra de matrimonios (Tabla 3 y Gráfico 4), que en España se mueve entre los límites marcados por los mínimos de 1938 (113.020) y 1982 (193.319) y el máximo de 1975 (271.347), mientras que en Cataluña oscila entre 9.870 en 1938, 45.863 en 1975 y 25.035 en 1982. No obstante, y como ya se ha dicho antes, las variaciones en las cifras absolutas de eventos no pueden compararse entre Cataluña y España dada la muy distinta incidencia de las migraciones en ambos conjuntos, tanto en lo referente al volumen de la población como a su estructura por edades y estado matrimonial. Obviamente, esto se aplica igualmente a los nacimientos (Tabla 1 y Gráfico 5).

Las conclusiones que de todo ello podemos extraer, de interés para el tema que ahora nos ocupa, se resumen de la manera siguiente: por un conjunto de razones, fuertemente relacionadas con la inmigración, las fluctuaciones de nacimientos en Cataluña han sido mucho mayores que en España, lo cual ha creado mayores desequilibrios en los mercados matrimoniales, lo que actúa de nuevo en el sentido de aumentar el margen de fluctuación. Por todo ello, **las tensiones previsibles en los mercados matrimoniales son más importantes y por ello más inminentes en el caso de Cataluña que en el caso general de España.** Ello podría ya estar traduciendo en la mayor recuperación de la nupcialidad observada en Cataluña (pese a la mayor incidencia de la cohabitación fuera de matrimonio) desde el mínimo general de 1982 y en el hecho de que los nacimientos aumentaran en 1992 por vez primera desde 1975 y en una proporción suficientemente significativa.

Algunas reflexiones a modo de conclusión

En resumen y extensión de lo dicho, ofrezco, con apenas modificaciones, el *escenario* de evolución futura, referido exclusivamente al terreno demográfico, que avanzaba en mi trabajo antes citado:

a) Los hombres tendrán mayor dificultad para encontrar pareja en los grupos de edad que les corresponden, por lo que llevarán su atención hacia las mujeres más jóvenes o hacia las más mayores que aún estén disponibles.

b) Con lo anterior, las primeras cohortes masculinas excedentarias invadirán "el terreno" de otros, desencadenando una situación de creciente competencia que tendrá por efecto una espiral en la anticipación del proyecto matrimonial por parte de los hombres.

c) Las mujeres recibirán mayor número de propuestas matrimoniales y a edad más temprana; no es aberrante pensar que respondan positivamente a las mismas, aunque no está claro a quien otorgarán sus preferencias.

d) Si prefieren mayoritariamente a los pretendientes de más edad, el resultado será una evolución divergente de la edad al matrimonio para ambos sexos y una creciente diferenciación entre las características de los cónyuges; si prefieren a los más jóvenes, el resultado será una importante

amenaza de soltería en los hombres de las generaciones mayores, "atrapadas" en el cambio de coyuntura.

e) La cohabitación fuera de matrimonio perderá prestigio, por ser considerada, por parte de los hombres, como una opción menos segura que el matrimonio.

f) Una nupcialidad femenina más intensa y probablemente más temprana traerá consigo un aumento de la fecundidad del momento, fomentada además, por parte de los hombres, como elemento de consolidación de unas uniones cuya precariedad cabría temer.

g) La propensión a divorciarse debería disminuir por parte de los hombres y crecer por parte de las mujeres, por lo que no está claro cual podría ser el resultado final, aunque es probable que vaya en el sentido de una mayor estabilidad conyugal.

h) En cualquier caso, las mujeres divorciadas o viudas se verán más solicitadas de lo que están actualmente, mientras que los hombres viudos o divorciados encontrarán mayores dificultades para contraer segundas nupcias, en particular si pretenden hacerlo con mujeres solteras.

i) Dado que parece improbable una salida emigratoria futura de los excedentes masculinos, el desequilibrio del mercado matrimonial debería más bien influir sobre el "intercambio exterior" en el sentido de la sobreinmigración de mujeres, en particular las procedentes de aquellas áreas geográficas culturalmente compatibles que no adolezcan de una situación demográfica similar.

La descripción anterior muestra, sucintamente, cómo la crisis que se origina en el mercado matrimonial primario repercute en el mercado secundario y permite augurar variaciones significativas de la fecundidad y las migraciones. De este modo, el desequilibrio de efectivos masculinos y femeninos en el mercado matrimonial activará probablemente todos los resortes de los fenómenos demográficos, salvo los de la mortalidad.

Las reflexiones de carácter extrademográfico que todo ello sugiere podrían ser interminables, por lo que me limitaré a tres puntos que me interesan particularmente, dejando el resto al cuidado del lector.

En primer lugar, las predicciones que aquí se formulan diseñan un panorama que podríamos denominar "familiarista" y que se erige en abierto contraste con la situación actual en nuestro país, aunque concuerda con las tendencias en los cambios de comportamientos y de valores que se observan en otros países que siempre han sido pioneros en experimentar las inflexiones de la coyuntura demográfica. Me refiero, en particular, a los países escandinavos y a los de norteamérica, siendo éstos últimos especialmente dignos de destacar por su influencia en el sistema de valores y representaciones a nivel mundial, ejercida de manera muy eficaz a través del cine y la televisión. Esta influencia podría reforzar, en poblaciones como la nuestra, los efectos familiaristas de los cambios de estructura demográfica al dotarlos de un acompañamiento cultural prefabricado.

En segundo lugar, quiero señalar los efectos que los cambios previstos pueden tener sobre la condición de la mujer. Parece, en primera instancia, que la situación relativa de la mujer está destinada a mejorar notablemente. Las mujeres jóvenes no sólo tendrán mayores opciones en el mercado matrimonial que sus predecesoras, sino que por el hecho de pertenecer a generaciones poco numerosas sus probabilidades de cursar los estudios que deseen o de encontrar un empleo serán también considerablemente mayores. Sin embargo, esta indudable mejora en sus posibilidades en todos los terrenos, que se pondrá de manifiesto desde temprana edad, puede

tender a erradicar cualquier veleidad reivindicativa y entrañar el peligro de opciones matrimoniales excesivamente tempranas, de la mano de consortes cada vez más mayores y en condiciones de autonomía menguante. No tengo la certeza de que vaya a ser así, pero está lejos de ser absurda la posibilidad de que se dé una nueva oleada de *mística de la feminidad*, como la que magistralmente describiera en su día Betty Friedan, para una Norteamérica de los años cincuenta que saboreaba las mieles de la familia parsoniana en una situación demográfica análoga a la que ahora se avecina.

Finalmente, no hay que olvidar que, como se ha indicado anteriormente, la escasez de mujeres no afectará de la misma manera a toda la población masculina, sino que concentrará sus efectos en los grupos de hombres de menor nivel socioeconómico o que se hallen de alguna manera marginados (zonas rurales aisladas, minorías étnicas). El tipo de solución que estos grupos están ya adoptando en otros países e incluso en el nuestro es el de la adquisición de esposas procedentes de países pobres a través de agencias e intermediarios diversos. El déficit generalizado de mujeres que se anuncia y que se dará en mayor o menor medida en todos los países europeos, eliminando así las posibilidades de compensación entre ellos, no puede sino reforzar este tipo de actuaciones. No haré más que rozar el espinoso tema de las relaciones llamadas Norte-Sur al señalar que los países del Tercer Mundo no sólo siguen siendo proveedores de materias primas y de mano de obra barata, sino que se convierten cuando conviene, es decir cada vez más, en suministradores de niños para adopción y de esposas adquiridas por catálogo. No me corresponde aquí pronunciarme sobre los aspectos éticos de la cuestión, pero sí he querido enfocar especialmente este punto que sin duda promete desarrollos insospechados en los próximos veinte años.

Seguirle la pista a las consecuencias de un cambio brusco en la natalidad, acontecido hace veinte años, es algo que nos puede llevar muy lejos. Este recorrido imaginario muestra que el desequilibrio del mercado matrimonial es lo que en prospectiva se suele llamar un *germen de futuro*: un elemento apenas perceptible en el presente pero portador de importantes consecuencias.

Bibliografía citada

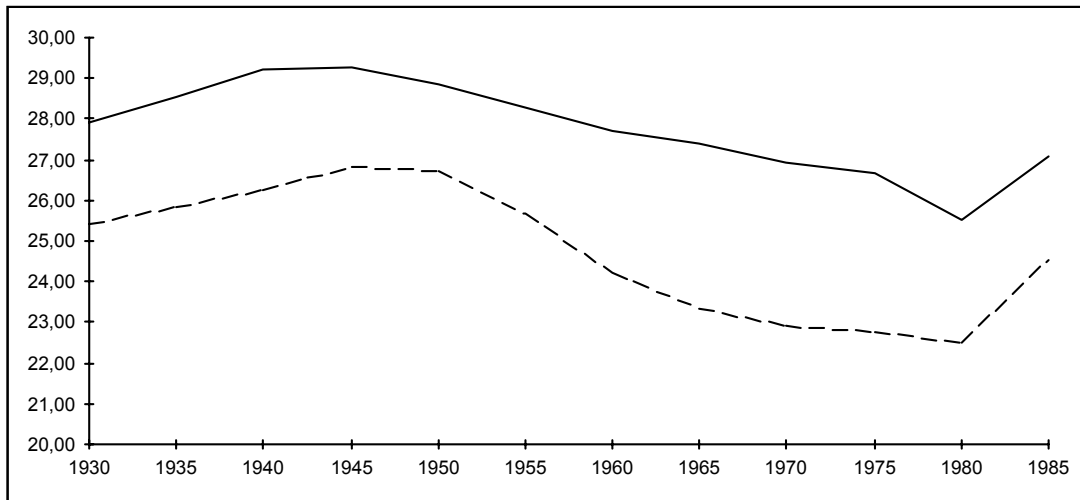
- BECKER, G.S. (1981), **A Treatise on the Family**, Harvard University Press, Cambridge, Mass., edición ampliada en 1991. Editado en castellano: **Tratado sobre la familia**, Madrid, Alianza Editorial, 366 p.

- CABRÉ, A. (1994), "Volverán tórtolos y cigüeñas", en GARRIDO MEDINA, L. y GIL CALVO, E., **Estrategias familiares**, Madrid, Alianza Editorial, pp.113-131.

- HENRY, L. (1966), "Perturbations de la nuptialité résultant de la guerre 1914-1918", en **Population**, núm. 2, pp.163-166.

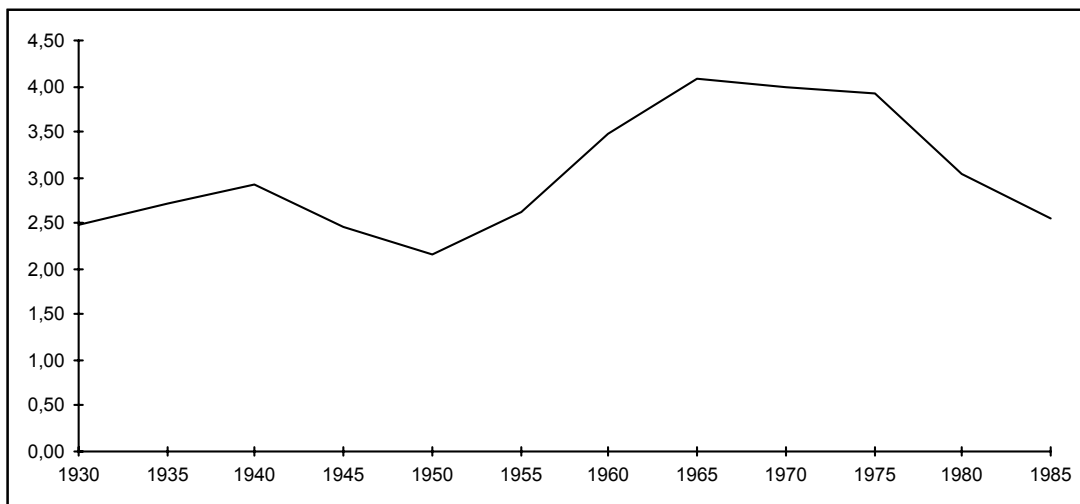
- HENRY, L. (1969), "Schémas de nuptialité: déséquilibre des sexes et célibat", en **Population**, núm. 3, pp. 457-486.

Gráfico nº 1: Edad media al matrimonio. Cataluña.1930-1985



Fuente: Anna Cabré. *La reproducció de les generacions catalanes.*

Gráfico nº 2: Diferencias entre las edades medias al matrimonio.
Cataluña años 1930-1985 y generaciones 1902-1957



Fuente: Anna Cabré. *La reproducció de les generacions catalanes.*

Tabla nº1: Nacimientos en Cataluña por sexo, 1930-1990

Año	Hombres	Mujeres	Total	NH/NF*
1930	28400	26475	54875	115,09
1931	27789	25503	53292	119,10
1932	28402	26475	54877	121,53
1933	25957	24677	50634	110,71
1934	24934	23332	48266	111,13
1935	24438	23370	47808	131,39
1936	24403	23446	47849	235,05
1937	24122	22436	46558	105,01
1938	19941	18600	38541	105,78
1939	11237	10382	21619	63,62
1940	24700	22971	47671	120,83
1941	19975	18851	38826	91,73
1942	19136	17663	36799	84,07
1943	21942	20442	42384	95,63
1944	22977	21777	44754	98,86
1945	24035	22763	46798	94,40
1946	24169	22944	47113	98,30
1947	24779	23241	48020	102,32
1948	26441	25460	51901	109,72
1949	25934	24588	50522	101,31
1950	25212	24218	49430	97,14
1951	25233	24099	49332	92,65
1952	27148	25598	52746	96,69
1953	27500	25955	53455	93,32
1954	28837	27235	56072	89,12
1955	30045	28076	58121	89,46
1956	31285	29470	60755	91,56
1957	33849	32357	66206	99,82
1958	35040	33585	68625	100,97
1959	35800	34169	69969	98,03
1960	36095	33909	70004	93,28
1961	36310	34704	71014	86,20
1962	39107	36520	75627	90,69
1963	40968	38697	79665	92,65
1964	45110	42122	87232	98,51
1965	45636	43122	88758	100,20
1966	47169	44217	91386	102,83
1967	48896	45792	94688	102,81
1968	48137	45545	93682	97,17
1969	48684	45872	94556	97,20
1970	50818	47560	98378	97,22
1971	52547	49541	102088	96,28
1972	54649	50086	104735	103,00
1973	54755	52271	107026	107,80
1974	57521	54580	112101	114,27
1975	57278	53058	110336	121,71
1976	54472	50794	105266	136,07
1977	52964	50337	103301	137,40
1978	50368	47062	97430	154,62
1979	45520	40031	85551	141,39
1980	41211	38547	79758	136,82
1981	36019	32575	68594	120,16
1982	34896	32195	67091	111,07
1983	32026	30121	62147	108,36
1984	33406	29977	63383	119,00
1985	33465	31419	64884	119,13
1986	31241	29556	60797	113,57
1987	30364	28073	58437	111,71
1988	30051	28091	58142	
1989	29671	27508	57179	
1990	29282	27182	56464	

*Hombres / mujeres tres años menores

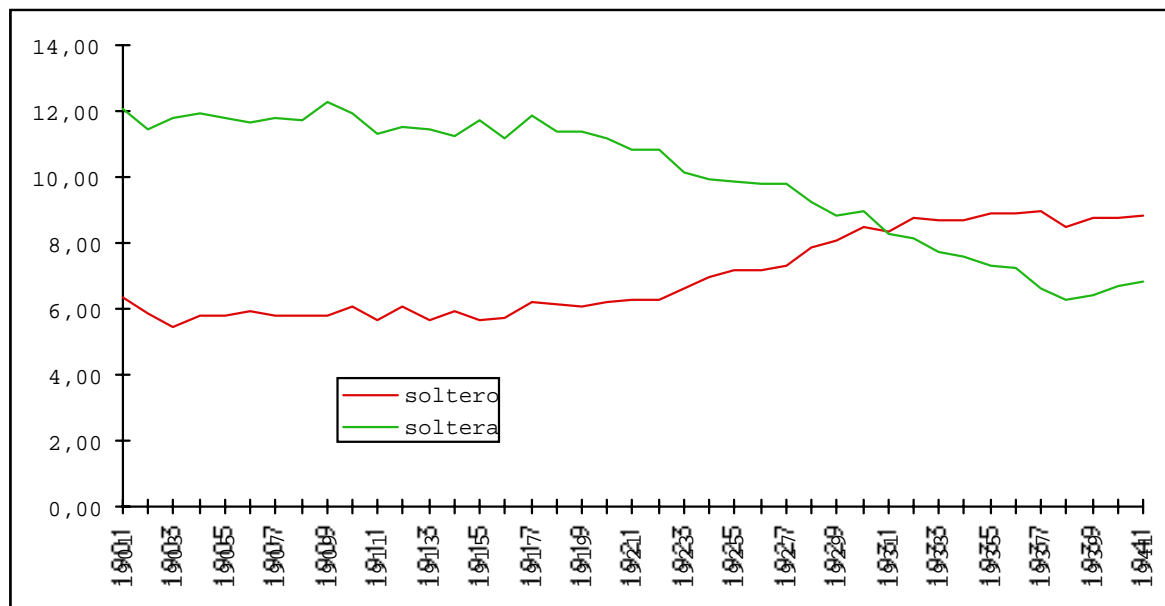
Fuente: Movimiento Natural de la Población Española (I.N.E.).

Tabla nº 2: Proporción de solteros. Cataluña 1986

Generaciones*	hombres	mujeres	Generaciones	hombres	mujeres
1945	10,54	7,22	1922	6,31	10,81
1944	10,16	7,10	1921	6,25	10,83
1943	9,60	7,02	1920	6,22	11,17
1942	9,54	7,17	1919	6,10	11,41
1941	8,84	6,81	1918	6,16	11,34
1940	8,76	6,66	1917	6,24	11,86
1939	8,78	6,39	1916	5,70	11,20
1938	8,50	6,30	1915	5,67	11,75
1937	8,96	6,65	1914	5,95	11,24
1936	8,87	7,21	1913	5,66	11,47
1935	8,92	7,32	1912	6,06	11,49
1934	8,68	7,56	1911	5,65	11,28
1933	8,66	7,74	1910	6,04	11,95
1932	8,78	8,16	1909	5,76	12,27
1931	8,35	8,31	1908	5,77	11,72
1930	8,48	8,95	1907	5,79	11,81
1929	8,04	8,85	1906	5,94	11,67
1928	7,86	9,22	1905	5,78	11,79
1927	7,34	9,77	1904	5,80	11,91
1926	7,19	9,82	1903	5,42	11,77
1925	7,18	9,89	1902	5,88	11,43
1924	6,98	9,95	1901	6,31	12,09
1923	6,62	10,11			

* Se considera generación la población nacida entre el 1 de abril de un año y la misma fecha del año posterior.

Gráfico nº 3: Proporción de solteros. Cataluña 1986. Generaciones 1901 a 1941.

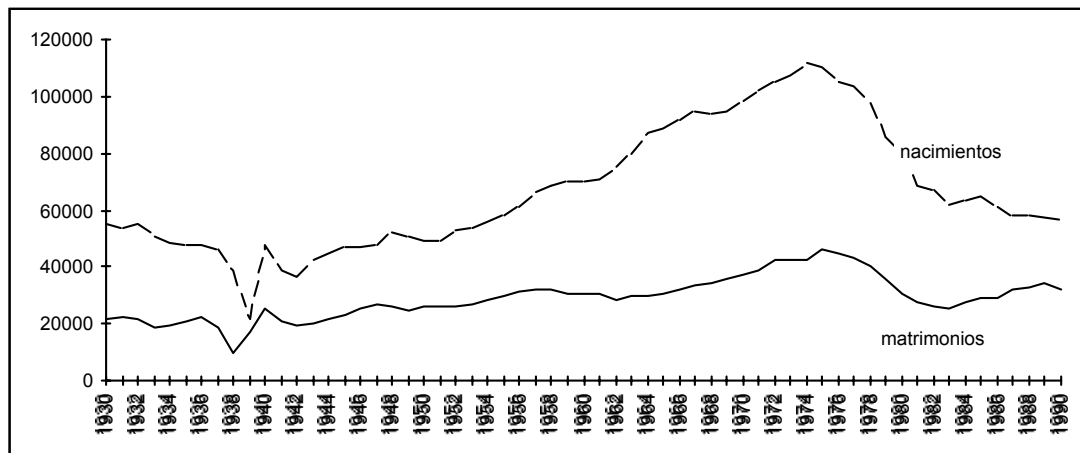


Fuente: elaboración propia a partir del Padrón municipal de habitantes de 1986 (INE). Cataluña

Tabla nº 3: Matrimonios en Cataluña, 1930-1990
(a partir de 1975 por lugar de residencia)

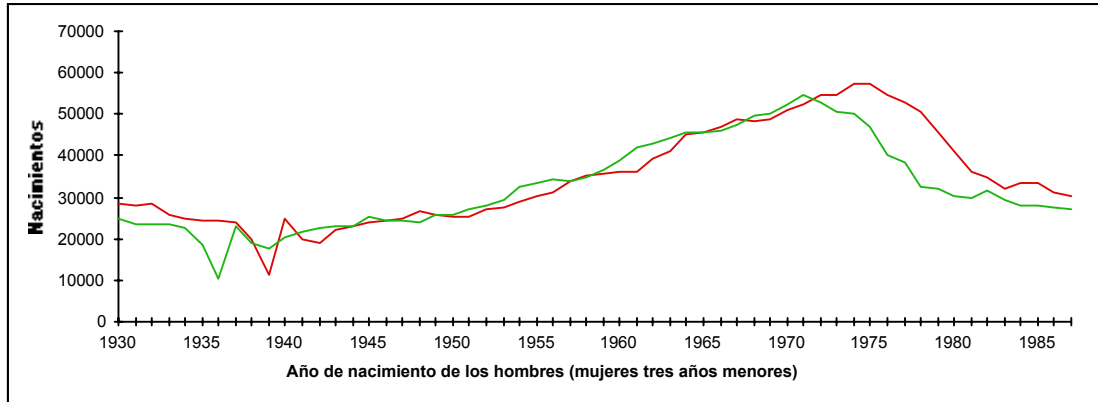
1930	21700	1950	25855	1970	37394
1931	22404	1951	26250	1971	38916
1932	21700	1952	26098	1972	42147
1933	18589	1953	27049	1973	42379
1934	19264	1954	28661	1974	42121
1935	20747	1955	29635	1975	45863
1936	22081	1956	31677	1976	44524
1937	18881	1957	31837	1977	42926
1938	9870	1958	32404	1978	40251
1939	17197	1959	30875	1979	36128
1940	25557	1960	30241	1980	30595
1941	20527	1961	30362	1981	27254
1942	19549	1962	28586	1982	26055
1943	20387	1963	29527	1983	25035
1944	21927	1964	29713	1984	27412
1945	22905	1965	30881	1985	29350
1946	25299	1966	32003	1986	29406
1947	27010	1967	33182	1987	32084
1948	25784	1968	34616	1988	33138
1949	24802	1969	35413	1989	34003
				1990	31790

Gráfico nº 4: Nacimientos y matrimonios en Cataluña. 1930-1990



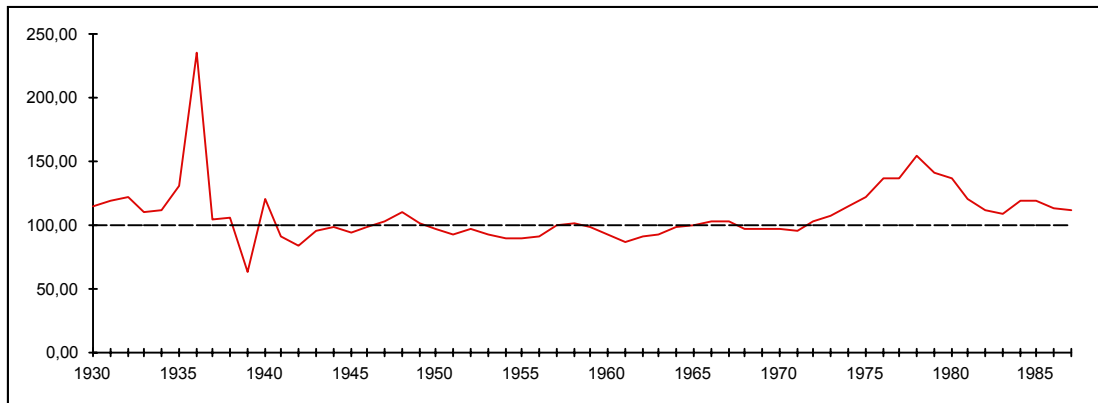
Fuente: *Movimiento Natural de la Población Española (INE).*

Gráfico nº 5: Población nacida en Cataluña, hombres 1930-1987 y mujeres 1933-1990



Fuente: Movimiento Natural de la Población Española (I.N.E.).

Gráfico nº 6: Nacimientos masculinos sobre nacimientos femeninos tres años menores. Cataluña 1930-1990.



Fuente: Movimiento Natural de la Población Española (I.N.E.).